030 - 1

léxico de la construcción

ALVARO GARCIA MESEGUER, ingeniero de caminos

La Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales ha hecho un llamamiento a científicos y técnicos para que cultiven asiduamente el tema de la terminología de sus respectivas especialidades. Haciéndose eco de ello, el Instituto quiere reservar unas páginas de INFORMES y cobijar en ellas—bajo la responsabilidad exclusiva de los autores de los artículos respectivos—cuantas cuestiones lexicológicas se vaya topando en el campo de la Construcción; tanto más cuanto que, con tal actitud, es leal y cumple con una vieja preocupación de Eduardo Torroja. Preocupación que ha cristalizado ahora en el diccionario "Léxico de la Construcción", de aparición próxima.

Ardua en muchas ocasiones, apasionante y sugestiva siempre, la cuestión del léxico científico y técnico ocupa, hoy como ayer, un lugar destacado en el mundo de la Academia de Ciencias. A su encuentro, y por la senda de la construcción, nos toca salir a nosotros—técnicos que nos ocupamos de ella—, por si, con nuestra salida, cumpliese que aportásemos algo aprovechable; y quién sabe si hasta llegamos a enderezar algún entuerto. Voluntad la hay, la altura de intención es sobrada; adelante, pues. Al menos, ocuparnos del tema ya es algo; y si nuestra probable torpeza, en ocasiones, hace surgir voces más autorizadas, bendita torpeza ésta, que nos hará aprender a todos.

Quiero fijarme, en primer lugar, en varias palabras que se utilizan corrientemente de un modo incorrecto, en vez de otras, de fonética parecida, que son las derechas. Ello ocurre, por ejemplo, con *bujarda*,

que se utiliza impropiaamente en lugar de CUCARDA («Martillo de cantero, de cotillos anchos y cubiertos de puntas de diamante, con el que se labran las caras de un sillar, dándoles un acabado de forma característica»). Ciertamente que la voz *bujarda* es de uso muy común, pero ello no obsta para que no esté incluida en el Diccionario de la Real Academia, mientras que CUCARDA sí lo está, con una acepción análoga a la que he transcrito (*). Por cierto (y ya que ha salido a relucir) que la voz «cotillo» significa, como muchos saben, la parte del martillo que sirve para golpear; parte que es opuesta a la boca, siendo esta última la que se utiliza, por medio de sus dos orejas, para arrancar clavos. Todas estas definiciones corresponden a la Academia. Pues bien, otras veces, la propia Academia habla de martillos que golpean con sus bocas (consúltense, por ejemplo, las voces MACETA, MARTELLINA y la propia CUCARDA), incurriendo, a mi juicio, en una cierta impropiedad. Lo correcto sería cambiar en las definiciones antedichas (cucarda, martellina, maceta, etc.) todas las «bocas» por «cotillos» o, lo que parece mejor, ampliar la acepción de BOCA (acepción núm. 8) para que designe, indistintamente, cualquiera de los dos extremos de la cabeza del martillo.

Volviendo a las palabras de uso impropio, apuntemos *entalla*, que debe sustituirse por ENTALLADURA («Corte que se hace en las maderas para ensamblarlas.—2. Hendidura abierta en cualquier objeto, con distintos fines»). Es éste un vicio muy común, en el que han caído muchos entendidos en Elasticidad, que hablan, y hablan mal, del *efecto de entalla*. Algo parecido sucede con *rebaje*, que algunos amplan por REBAJO («Parte del canto de un madero u otra cosa, donde se ha disminuido el espesor, haciendo un corte a modo de espera o ranura.—2. El que se deja en los muros para introducir el bastidor de una puerta o ventana»); con *cubrición*, lamentablemente utilizada en lugar de COBERTURA en expresiones como *material de cubrición*, cuyo significado literal, de conocerlo, haría enrojecer a los que la emplean; con *aprieto*, al hablar de una tuerca, en vez de APRETADURA; con *solape*, muy extendida, en lugar de SOLAPO («Parte de una cosa que queda cubierta por otra, como las tejas del tejado»); etc., etc.

Capítulo aparte merecen los barbarismos, esas voces extranjeras de extraña fonética que se cuelan insidiosamente en nuestro lenguaje y que son totalmente inadmisibles, al menos en aquellos casos en los que el castellano posee palabra propia para tal concepto. Es el caso del tan traído y llevado *caterpillar*, para designar el MECANISMO DE ORUGA, de *bulldozer*, por TOPADORA; de *scraper*, por TRAÍLLA; de *trailer*, por GÓNDOLA («Batea para transporte por carretera de maquinaria pesada»); de *trommel*, por CRIBA ROTATORIA, y tantas otras voces relativas

(*) Todas las definiciones que doy están tomadas del «Léxico de la Construcción», del I. E. T. c. c.

a maquinaria. En otras técnicas encontramos *petit-pavé*, por PAVIMENTO DE MOSAICO; *fetch*, por LÍNEA DE AGUA; *feeder*, por ALIMENTADOR; *test*, por ENSAYO; *riffle*, por CUARTEADOR, etc.

Otra forma de barbarismo la constituyen aquellas voces que se traducen literalmente de idiomas extranjeros, como cuando se utiliza *panel* en el sentido de CUADRO DE DISTRIBUCIÓN; o *agregado*, por ÁRIDO; o *concreto*, tan empleada en hispanoamérica para vergüenza nuestra, a pesar de que el castellano tiene exactamente seis voces para expresar lo mismo: HORMIGÓN, NUÉGADO, DERRETIDO, MAZACOTE, CALCINA y GARUJO.

Hago hincapié en este aspecto de la propiedad o impropiedad de los vocablos que habitualmente utiliza el técnico, porque creo que esta cuestión es tan importante o más, y en todo caso anterior, que la de crear una terminología para los nuevos conceptos. Y lo creo así, no por capricho o por purismo desmedido, sino sencillamente porque, de no cuidar este extremo, cada día va a ser más difícil entendernos. Y tanta mayor propiedad debe exigirse en el lenguaje cuanto mayores sean la categoría y prestigio de quien escribe o habla, y mucho más, si habla o escribe haciendo ley.

Allá van unos botones de muestra: Nuestro Instituto (a la hora de examinar culpas, justo es que comencemos por las propias) ha publicado, en la serie Manuales y Normas, tres manuales sobre ladrillo que a mí me parecen estupendos y cuyo autor, Fernando Cassinello, es un arquitecto de prestigio, del que se esperan siempre cosas buenas. Está claro, entonces, que a Fernando Cassinello hay que exigirle—todos debemos exigirle—un cuidado especialísimo en su léxico, para que sus lectores, al paso que se enteran de todo lo que se puede hacer con un ladrillo, vayan asimilando, inconscientemente y casi por ósmosis, los vocablos más correctos relacionados con el tema. Pues bien, en «El ladrillo y sus fábricas» se nos habla del *agramillado*, cuando la Academia no admite *agramillar* y sí AGRAMILAR; y se nos habla del aparejo en *espina de pez*, lo cual no es incorrecto, pero desaprovecha una excelente ocasión de difundir una palabra tan castellana y sonora como ESPINAPEZ. En «Arcos de ladrillo» se utiliza *truncado* por TRUNCAMIENTO, que es la derecha. Y en «Bóvedas de ladrillo» aparece el dichoso *despiece* en lugar del olvidado y correcto DESPIEZO.

Algunos calificarán de pequeñeces las cosas que apunto, y quizá estén en lo cierto. Para mí tengo que no son pequeñeces y, para abundar en esta idea, traeré otros ejemplos de mayor categoría, dejando al lector que juzgue de su importancia.

El artículo 13 de la vigente Instrucción para el proyecto de obras de hormigón, se refiere a la puesta en obra del hormigón, y habla repetidas veces del *apisonado*, queriendo referirse, sin duda, a la COMPACTACIÓN. El apisonado es sólo uno de los posibles sistemas de compac-

tación y parece claro, a mi juicio, que la expresión «apisonado por vibración» que en uno de los párrafos se cita, es un tanto contradictoria. El caso no tiene mayor importancia, por cuanto que el sentido es claro y queda a salvo; pero siembra, inevitablemente, una ligera confusión.

El artículo 54 de la vigente Instrucción para el cálculo de tramos metálicos y previsión de los efectos dinámicos de las sobrecargas en los de hormigón armado, define los trenes tipo que deben utilizarse en los cálculos de puentes carreteros y, en relación con los números 3 y 4, dice que los carros son «de 60 toneladas sobre tres ejes de 20 toneladas cada uno, con interjes de 1,50 metros; carros que tendrán 3 metros de *batalla* y 7 metros de longitud...» Pero la *batalla* de un vehículo es la distancia entre su eje posterior y el punto de giro del eje delantero (*); es decir, que el dato «3 metros de batalla» no añade información alguna sobre el dato «dos interjes de 1,50 metros», que antes se nos ha dado. Entonces, el lector cavila y cae en la cuenta de que la Instrucción ha querido referirse, probablemente, a la anchura del carro (3 metros), por analogía con los trenes 1 y 2, cuyos camiones define por su anchura y su longitud. Así debe ser, además, porque, de otro modo, quedaría sin definir la superficie que el carro ocupa en planta, dato éste que es necesario para manejar la sobrecarga uniformemente repartida. Es decir, y resumiendo: que la Instrucción ha confundido ANCHURA con *batalla*. Como consecuencia, el proyectista meticoloso queda perplejo, sin saber a quien dar crédito, si a la lógica del contexto de la Instrucción o al diccionario de la Real Academia de la Lengua...

De cualquier modo, hay que convenir en que las cuestiones del léxico son delicadas y escurridizas, y al mejor escribano, en esto como en todo, le cae un borrón por menos de un ochavo. Y así, el propio documento sobre terminología científica en lengua española cuya publicación ha dado origen a este artículo, comete un ligero lapsus, que cito sin la menor malicia: En la segunda parte del referido documento se transcriben unas cuantas definiciones «que reúnen características adecuadas para entrar a formar parte del acervo del idioma»; y, entre ellas, RECTIFICAR se define así: «Acción y efecto de convertir una corriente alterna en otra continua por medio de un elemento conductor asimétrico». Sobran a esta definición, exactamente, sus cuatro primeras palabras; pues, tal como está, lo que define es RECTIFICACIÓN.

Y nada más por hoy. He querido fijarme en defectos—en lo que a mí me parecen defectos—con el único objeto de interesar a todos en el tema y hacer resaltar su importancia. Si este artículo ha resultado algo duro y alguna voz se levanta, Dios sea loado. Dormir la siesta es cómodo, pero absolutamente estéril. Y a fin de cuentas, sólo golpeando al pedernal consigue el eslabón arrancarle chispas.

(*) La Real Academia de la Lengua define BATALLA de un modo análogo, pero válido sólo para vehículos de cuatro ruedas.